

definitiva los asuntos más importantes del Partido. Y como si esto fuera poco, en la forma en que se concibe esta reforma, se amaga seriamente contra la autonomía de los centros y se aumentan las excesivas facultades del Comité Ejecutivo. De abrigarse alguna confianza en la capacidad de los afiliados, lo contrario fuera lógico. Afiliados hay que pueden creer que el Partido no puede dar ningún buen paso sin que se les consulte previamente. Qué padecen un lamentable error, no nos quepa la menor duda.

Demostrárselo es una tarea altamente salvable, que incumbe al Partido.

REV. SOCIALISTA.

La huelga Ferroviaria

La unidad y la solidaridad demostradas por el gremio ferroviario en la gran huelga que afronta desde hace más de dos semanas es sencillamente magnífica, enaltecedora.

Satisface comprobar el cambio operado en la opinión pública respecto a la forma de encarar el concepto de la huelga. Hace varios años una fracción importante del pueblo consideraba a los huelguistas como a seres subversivos, criminales, merecedores del calabozo y del machete militar. Hoy reconoce que el derecho a la huelga ni siquiera puede discutirse y que los obreros hacen muy bien en reclamar con energía un más alto nivel de vida. Varios factores explican esta fundamental renovación de concepto; entre ellos, debe señalarse muy especialmente, la difusión del socialismo, cuyas verdades sólo son totalmente asimiladas y aceptadas por un reducido núcleo, pero cuyo fondo generoso y humanitario suscita saludables cambios en las opiniones y mayores simpatías por la causa obrera.

En las mismas esferas gubernativas se refleja ese cambio. Hoy no sería posible, sin que se pusiera completamente en ridículo y fuera descalificado por la opinión pública, un ministro que osara tratar de "piratas" a los obreros como lo hizo con motivo de la huelga ferroviaria de 1912 el señor E. Ramos Mexía.

Algo muy parecido a "piratas" son las compañías ferroviarias, explotadoras del público y del personal obrero. Manejadas por manos hábiles y atrevidas, han sabido captarse, hasta no hace mucho, la adhesión incondicional de los go-

bernantes; ministros nacionales y legisladores influyentes eran sus abogados.

Han logrado así, concesiones leoninas y privilegios irritantes. Gobernaban a su arbitrio. Eran irresponsables y omnipotentes. Pretenden seguir siéndolo, aunque los tiempos y las costumbres han variado algo. ¿Lo conseguirán? Al Presidente de la República se le atribuye la frase de que las compañías ferroviarias han vivido hasta ahora en "la orgía de las ganancias".

Si ella fuera exacta, las vacilaciones y tanteos del P. E. no se explican satisfactoriamente. ¿Se teme, acaso, chocar contra la soberbia capitalista? Los trabajadores del riel han demostrado reiteradamente el firme propósito de conciliación que los animan; las empresas han exteriorizado mala voluntad, rechazando el proyecto confeccionado por el departamento del trabajo. Gesto de esta especie sólo es posible en países como el nuestro. En Inglaterra y en Estados Unidos las compañías no se hubieran atrevido a tanto. Recuérdese, para citar casos recientes, la extraordinaria celeridad con que el presidente Wilson impuso la jornada de ocho horas para los ferroviarios zanjando un grave conflicto.

Actitud idéntica debe asumir nuestro P. E. El pliego de condiciones que presentan los obreros es inobjetable, como que reclama mejoras gozadas ya en otra ocasión. El precio de las subsistencias ha crecido muchísimo, mientras que el salario de los ferroviarios ha disminuído en las 4/10 partes; la desocupación entre el gremio es mayor, el trato más severo, las multas más frecuentes. Así no se vive. Apenas si se vegeta con gran dificultad, miserablemente.

La Cámara de Diputados ha despachado un proyecto de ley, presentado por la diputación socialista por intermedio del diputado Zaccagnini, reglamentando el trabajo de los ferroviarios.

El Senado, reducto ultra-conservador, archivo inútil de fósiles gobernadores de provincia, temeroso de indisponerse con las empresas, lo ha postergado por tiempo indeterminado.

Insistentemente reclamada por los proletarios del riel, el P. E. cumplirá con su deber, si, como lo anuncia, lo incluye en la orden del día de las sesiones extraordinarias.

A última hora los diarios notician que el P. E. está dispuesto a emplazar en cuarenta y ocho horas a las empresas para restablecer sus servicios, concediendo las ventajas contenidas en el pliego mínimo de los obreros y facultando a las empresas a subir el precio de los pasajes hasta cubrir los ocho millones de pesos que se invertirán en aumento de salarios del personal ferroviario. Si

es satisfactorio comprobar que el P. E. no se ha puesto totalmente del lado de las empresas, — aunque su actitud la atribuyamos a cálculo electoral — es lamentable la debilidad que importa esta solución, al hacer pagar al pueblo y no a las empresas que viven en "la orgía de las ganancias" las mejoras conquistadas por los obreros. Gobierno de capitalistas no podía dejar de rendir este homenaje al capital.

Nada más justo que el inminente triunfo obrero. Para sellarlo, confirmando la heroica tradición de los movimientos proletarios, no ha faltado ni la pólvora de la soldadesca ebria y salvaje ni la sangre obrera pagada como ineludible tributo en las tragedias del Rosario, Mendoza, San Francisco y Tucumán.

REV. SOCIALISTA.

La cuestión internacional y el Partido Socialista

La serie de incidencias que se ha dado en llamar "asunto Luxemburg", ha determinado cierta agitación en los centros más poblados del país, que ha tenido la consiguiente repercusión en la prensa de las diferentes fracciones políticas y que ha culminado en el pedido de ruptura de las relaciones diplomáticas con el imperio alemán, votada por grandes mayorías en las Cámaras de diputados y senadores de la nación.

La representación parlamentaria socialista — aun cuando el último congreso extraordinario del partido, pronunciándose categóricamente sobre los asuntos internacionales, le fijó de un modo claro e intergiversable la actitud que debió adoptar — ha creído conveniente hacer caso omiso de todo ello y ha votado la ruptura de relaciones con Alemania.

¿Convenía al proletariado argentino la resolución votada por el congreso de la nación? ¿Consultaron los intereses y las aspiraciones de la clase trabajadora los parlamentarios socialistas al contribuir con sus votos a que esa resolución se produjese?

* * *

Afirmemos en primer lugar que no se trata aquí de la lucha entre aliadófilos y germanófilos, pues en nuestro país estos últimos constituyen una cantidad insignificante. Los habitantes de la República Argentina son en su mayoría enemigos de los procedimientos que han hecho

execrable el nombre de los imperios centrales y de sus aliados. Nuestra tradición liberal y democrática, el origen mismo de los extranjeros aquí residentes, la influencia de la cultura francesa e inglesa en nuestro medio intelectual, descartan toda posibilidad de que el militarismo teutón, autor de la bárbara agresión que ha originado la espantosa hecatombe mundial, llegue a contar aquí con simpatías apreciables. Por otra parte, las atrocidades y los crímenes cometidos por el militarismo alemán, el sangriento martirio de Bélgica y Serbia, la esclavitud de las poblaciones conquistadas, el cinismo repulsivo de los pangermanistas, la violación de los tratados y la salvaje guerra submarina sin restricciones, debían forzosamente crear aquí, como en toda América, una corriente de simpatías favorable a las naciones de la "entente", cuyo triunfo ha de favorecer el desarrollo de las instituciones democráticas que todos anhelamos.

Pero, si la casi totalidad del pueblo argentino es francamente aliadófila ¿debemos argüir que ella desea que nuestro gobierno rompa sus relaciones con el imperio alemán? De ninguna manera. Afirmamos resueltamente que la mayoría de nuestros conciudadanos está en contra de la resolución tomada por el Congreso de la Nación, porque ella conspira contra los sanos intereses del pueblo y sus aspiraciones muchas veces puestas de manifiesto. Es verdad que algunos miles de jóvenes, estudiantes y menores de edad en su mayor parte, sin actividades productivas por el momento, han realizado algunas manifestaciones tumultuosas, pidiendo la ruptura de relaciones con Alemania, bajo la sugestión verbal de literatoides desocupados. Pero negamos que ellos sean "el pueblo", porque el pueblo, el verdadero pueblo, es algo diferente y mejor que eso. El pueblo es lo que hay de más sano y útil en las sociedades modernas, es el que realiza la producción y soporta la mayor parte de las cargas sociales. El pueblo es la clase trabajadora, el proletariado. Ahora bien: el pueblo ha estado ausente de toda manifestación pro-ruptura, porque no la desea, sabiendo que la ruptura de relaciones, aunque no es "aún" la guerra, es sin embargo, "un paso hacia el estado de guerra", y esta situación si llega a producirse — aun cuando sea en forma platónica — trae consigo un sinnúmero de consecuencias inevitables, fatales, como la limitación de las libertades públicas, la ley marcial, la creación de autoridades militares con facultades extraordinarias, la escasez de víveres, el aumento de gastos fiscales, la contribución de hombres y dinero, etc., etc.,